

**Una de detectives** - se nos ha extraviado una letra. A ver si adivinas cuál antes de terminar el texto

Esta es la historia del robo de algo esencial en el día a día de toda persona. Sin ello nada tendría sentido, o mejor dicho, con ella esta historia carecería de sentido.



Los dos protagonistas de esta historia son el inspector de policía Tinoco y el oficial Peláez. Los dos se encontraban en la escena del crimen. Estaban en la biblioteca, donde algo había pasado. Así había avisado el bibliotecario a la policía.

—Es algo bastante extraño, pero lo noto en el ambiente—dijo el encargado—. Se han llevado algo. Todo estaba ayer en el sitio correspondiente, pero hoy algo falta. Han robado, estoy convencido de ello. Con estos datos, los dos policías más sagaces se dirigieron a investigar el caso. La escena ciertamente, era caótica. Varias estanterías estaban derribadas y casi todos los libros estaban tirados por la estancia. Estaba claro, algo se habían llevado. ¿Pero cómo adivinarlo?

—No podemos mirar todos los libros, nos llevaría varias semanas—dijo Peláez.

—Tienes razón—replicó Tinoco—. Pero debemos adivinar el nombre y el motivo, para facilitar la investigación. Indaga si tenían algo de valor económico elevado—. El inspector Peláez asintió y se dirigió a hablar con el bibliotecario. Tinoco miró con atención los libros. Miró dos atentamente: "El colgante" y "El reino elemental" se llamaban. Se agachó y los recogió. Ojeó las páginas de los mismos. Con el primero no notó nada raro, pero al examinar el otro, se percató de algo importantísimo. Había espacios en blanco donde no debería haberlos. Tras comprenderlo todo,

sonrió satisfecho. Peláez volvía de hablar con el bibliotecario y parecía bastante insatisfecho.

—No tenemos nada—dijo el oficial.

—Ya no nos hace falta—replicó Tinoco—. He descifrado el misterio.

Peláez se mostró escéptico. Tinoco le dio los libros y le aconsejó ojearlos, tal y como él había hecho. Pero Peláez no advirtió nada extraño.

— ¿Podrías compartir el hallazgo conmigo? —le pidió a Tinoco.

— ¿No te has percatado de ello? —le interrogó—. Desde el principio de esta historia falta algo. No lo hemos mencionado y tampoco lo hemos visto en los libros. Es algo empleado por todas las personas día a día. Pero no se ha empleado en este relato, y si lees la historia otra vez, a lo mejor te percatas de ello.

—Dímelo, por favor—imploró Peláez.

—Está bien—aceptó Tinoco—. El elemento robado por el ladrón es la letra "u".

— ¡Increíble! —exclamó Peláez.

—Pero no te apenes, a partir de este momento podremos emplearla otra vez. El problema se ha solventado.

Y los dos abandonaron la biblioteca, teniendo la capacidad para emplear esa letra otra vez.

Esta historia hablaba de lo esencial de ese elemento, pero a lo mejor no lo es tanto, si no se ha precisado de ella para confeccionar el relato...

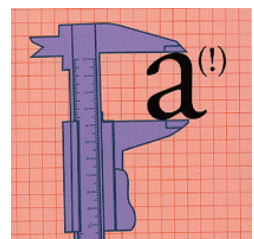
TEXTO ENVIADO POR YAGO ----- ALUMNO DE 1º B DE GESTIÓN ADMINISTRATIVA

ÉL LO HA SACADO DEL BLOG

<http://historiasdependientes.wordpress.com/2008/11/27/what-is-robbered/>

MICRORRELATOS.

Textos escritos u orales de corta extensión aparecen a lo largo de todos los tiempos: fábulas, adivinanzas, parábolas, epitafios, graffittis, etcétera. El microrrelato no es, pues, un fenómeno nuevo. Dado que el cuento, y especialmente el cuento fantástico es en idioma español un género eminentemente rioplatense, el cuento breve es una especialización de ese género y el microrrelato su destilación máxima en autores que publican en Buenos Aires en los años 50 y 60, como Bioy Casares, Jorge Luis Borges o Julio Cortázar. En Estados Unidos y en el resto de Latinoamérica (fuera del Río de la Plata) se comienza a explorar las posibilidades del microrrelato con mayor intensidad a partir de la década del 80. Es, sin duda, reflejo de lo absurdo y lo fragmentario de la modernidad. Autores como



García Márquez, Juan José Arreola, Denevi y Monterroso crearon entonces las condiciones para que el microrrelato irrumpiera con mayor fuerza. Les dejamos a continuación algunos de estos microrrelatos para su solaz y disfrute.

LA FE Y LAS MONTAÑAS, AUGUSTO MONTERROSO

Al principio la fe movía montañas sólo cuando era absolutamente necesario, con lo que el paisaje permanecía igual a sí mismo durante milenios.

Pero cuando la fe comenzó a propagarse y a la gente le pareció divertida la idea de mover montañas, éstas no hacían sino cambiar de sitio, y cada vez era más difícil encontrarlas en el lugar en que uno las había dejado la noche anterior; cosa que por supuesto creaba más dificultades que las que resolvía.

La buena gente prefirió entonces abandonar la fe y ahora las montañas permanecen por lo general en su sitio.

Cuando en la carretera se produce un derrumbe bajo el cual mueren varios viajeros, es que alguien, muy lejano o inmediato, tuvo un ligerísimo atisbo de fe.

4 CRÍMENES EJEMPLARES, MAX AUB.

1. Me echó un trozo de hielo por la espalda. Lo menos que podía hacer era dejarle frío.
2. ¡A ver si traes buenos frenos! Y se tiró bajo el coche.
3. Era bizco y yo creí que me miraba feo. ¡Y me miraba feo! A poco aquí a cualquier desgraciado muertito lo llaman cadáver.
4. Había jurado hacerlo con el próximo que volviera a pasarme un billete de lotería por la joroba.

AMOR 77, JULIO CORTÁZAR.

Y después de hacer todo lo que hacen, se levantan, se bañan, se entalcan, se perfuman, se peinan, se visten, y así progresivamente van volviendo a ser lo que no son.

LA PARTIDA, FRANZ KAFKA.

Ordené que trajeran mi caballo del establo. El sirviente no entendió mis órdenes. Así que fui al establo yo mismo, le puse silla a mi caballo y lo monté. A la distancia escuché el sonido de una trompeta y le pregunté al sirviente qué significaba. Él no sabía nada ni escuchó nada. En el portal me detuvo y preguntó:

-¿Adónde va el patrón?

-No lo sé -le dije- simplemente fuera de aquí, simplemente fuera de aquí. Fuera de aquí, nada más, es la única manera en que puedo alcanzar mi meta.

-¿Así que usted conoce su meta? -preguntó.

-Sí -repliqué- te lo acabo de decir. Fuera de aquí, esa es mi meta.

REGRESIÓN, CÉSAR SILGADO.

Al pasar a su lado, el bolso de una señora peliteñida intentó morderle. No pudo alcanzarle, y atacó a la mujer en el costado con un mordisco definitivo. También los zapatos de un caballero le amputaron a su dueño los pies a la altura de la ingle. Pero aún la sorpresa convertía aquello en un curioso divertimento. El bolso se había convertido en un cocodrilo, igual que las lagartijas crecen a partir de su



Ana María Matute, Augusto Monterroso, Ruben Darío y Franz Kafka; cuatro autores clásicos que practicaron el microrrelato

rabó. Los curiosos se empujaban para ver la transformación; una vez terminada, varios de ellos se convirtieron en aperitivo del animalito. Pronto llegaron los operarios del zoo y capturaron a la bestia. Continuó su camino hacia casa, al fin con una historia interesante que contar a su mujer. Montó en el coche y siguió el itinerario de todos los días. En la pausa de un semáforo vio cómo en el taxi de delante un leopardo, surgido de la tapicería, devoraba tranquilamente al conductor. Y de su amuleto, que colgaba del retrovisor, saltó un conejo gris muy bonito que se acomodó en el asiento del copiloto. Peor fue cuando su cazadora de cuero se convirtió en una vaca que casi le aplasta contra el volante. Consiguió apartarse antes de que estallara el airbag. Cerdos, visones, vacas, ovejas habían inundado la calle y aterrorizaban a una multitud que corría alocada. De una carnicería, salieron un rebaño de terneros, una numerosa piara de cerdos, un corral entero de gallinas, algunas codornices fuera de veda, lindos corderitos y unos cuantos caballos. Corrió hacia su casa, pensando en qué cosas terribles le podían haber ocurrido a su mujer. Al llegar al portal, encontró todo tipo de animales degollándose unos a otros por la escalera. Le fue casi imposible llegar a la puerta, y cuando entró, salieron de allí dos vacas, un camello y un rebaño de ovejas. Su mujer no estaba en casa. Pensó que le daría tiempo a arreglarlo todo antes de que ella llegara, pero debía hacer una comprobación. Se abalanzó hacia el dormitorio sospechando que encontraría un rinoceronte. Todo estaba en orden. Ya sabía él que lo del afrodisiaco ése era un timo. Sin embargo, algo había cambiado. En el techo revoloteaba el edredón. Lo abrió con un cuchillo, y de él salieron, pudo contarlas, más de veinte ocas, que escaparon por la ventana. Al poco entró su mujer.

- ¿Y tú quién eres? -le preguntó.

- Soy Juan, ¿quién eres tú?

- Magdalena.

- Tienes unos ojos preciosos.

Ella parecía haber rejuvenecido varios años. Se besaron como adolescentes y jugaron como niños antes de que todo acabara.